



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

La Pasion de Jesus.—Prediccion de Jesus; soneto.—
Maria.—La Muerte del Salvador; poesia.—Revista de
teatros.—Explicacion del figurin.

LA PASION DE JESUS.

Hoy que los adelantos de la época van haciendo disipar por completo las todavía rezagadas costumbres del gentilismo, que se complacia en derramar sangre humana y en despojar de la vida á sus semejantes, con la misma frialdad é indiferencia con que se puede cortar de un árbol una mata desprendida, creo que es la época llamada á detenernos más que nunca en la Pasion de Jesus, haciendo consideraciones y raciocinios del gran sacrificio del Hombre Dios, para salvar las generaciones.

La mujer, sobre todo, debe detenerse ante lo que era sin la venida de Jesucristo, y lo que ha sido despues que publicó su doctrina.

Relegada á la humilde condicion de la esclavitud,

solo era para el hombre lo que es hoy en la ley de Mahoma, un objeto de placer, á quien no se concedia el derecho de tener alma, ni corazon, ni sentimientos.

Sus facultades intelectuales estaban oprimidas por la voluntad de su señor, y era en ella la idea un prisionero de ardiente fantasía, á quien no se deja pasar el umbral de su calabozo.

Vivia maquinalmente, y no la era permitido emitir su juicio en presencia del rudo Herodes que se la destinaba por compañero.

Considerada como una cosa de baja y humilde condicion, que se compra como un cuadro de basto lienzo, solo por la belleza de la pintura, gozaba contados dias del influjo material, y despues yacia en el olvido, despreciada y avasallada de aquel rey tirano, jefe del acerbo hogar donde estaba destinada á morir ó vivir sufriendo.

Su vida era la de las rosas del valle: agradan al pasajero por su color y perfume, las

arrancan de su tallo, aspiran su fragancia, y despues, místicas y ajadas, las arrojan con desprecio, sin volver á recordar jamás lo que fueron antes de venir á confundirse en el lodo.

Así es que la misma mujer tenía una desventajosa idea de sí propia.

¿Cómo convencerse de su valimiento, viéndose de continuo humillada?

¿Dónde hay fuerza de voluntad, filosofía posible, que se sobreponga á un menosprecio general y marcado?

¿Cómo buscar en aquellos tiempos una mujer con el talento y la audacia suficiente para promover una cruzada y hacer valer sus derechos y la bendita mision á que estaba destinada?

El Supremo Hacedor, cansado de ver á la bella mitad del género humano oprimida bárbaramente, detiene sus miradas en una ciudad bellísima, donde entre frondosos bosques de gigante arboleda, crecía una naturaleza fértil y aromosa, como jamás habian visto ojos humanos.

Las delicias de aquel país solo podian compararse al Paraíso, y en él debía nacer la madre de Jesus de una madre tan pura como ella.

¡Nazaret!... ¡Nombre bendito!... ¡Jardin de inefables delicias!... Entre tus bosques de flores, al arrullo de tus cristalinos arroyuelos, en el terreno fértil donde no habia pedazo de tierra que no diese una flor ó un arbusto, estaba destinado que tuviese su cuna María, la estrella de los cielos, la joya del Oriente y la intercesora y madre de los pecadores!...

Allí la niña bendita corrió tras las mariposas y jugueteó sencilla y rústicamente, sin orgullo ni vanidad, ni conocimiento de lo que llegaría á ser, hasta que el ángel del Señor le anunció el divino misterio.

La bella y dulce María, la pura y casta doncella, aceptó la voluntad de Dios, no con altanería ni vanidad, por ser la elejida entre todas las mujeres, sino con la humildad y el recogimiento de quien obedece á su Dios.

¿Quién la habia de decir que aquel hijo que llevaba cariñosa en su seno, amándole cual ninguna madre, habia de ser escarnecido y crucificado?

¡Ella que hubiese dado por su hijo las puras gotas de su sangre bendita!

¡Ella que acabado de nacer lo abrigó entre sus preciosos brazos, y lo estrechó sobre su amante corazón, y le dió los raudales de su blanco pecho!

¡Ella que con sus delicadas manos lavaba sobre la dura piedra la humilde ropita del precioso niño, y no dormía ni sosegaba porque el adorado hijo de sus entrañas disfrutara descanso y comodidad!...

¡Ella que besaba apasionadamente la rosada boca del Niño Jesus, y elevándole en sus brazos lo presentaba á José con entusiasmo divino!

¡Ella que no apartaba sus ojos del rostro dulce y afable de aquel ángel de ternura, estaba destinada á verle morir en una cruz! . . .

¡Madre amorosa!... ¡Madre bendita!... ¡Madre de adoracion y de pureza, ¿cómo pudiste sufrir tantos dolores?...

¿Cómo sobrellevar la marcha precipitada á Egipto, bañados los pies de sangre y sin poder respirar, oprimiendo con delirio la prenda de tus entrañas, temiendo le arrebatase los impíos?...

¡Pobre María! ¡Pobre José! ¡Cuánto sufrieron en aquel camino!...

Apenas podían respirar. Sus pies resbalaban. El cansancio les hacía sucumbir, pero no vacilar.

Caminaban huyendo de la tiranía de los hombres; mas las profecias debian cumplirse y que la casta Virgen de los Cielos sufriese las mayores agonias que ha experimentado madre ninguna en el mundo.

¡Pobre madre! ¡Cuántos raudales brotarian sus ojos cuando despues de correr y correr sin tregua para llegar á Egipto, al ver cumplido su deseo, al juzgar seguro el precioso don de su vida, volvió la vista y le buscó en vano!...

El Niño Dios se habia perdido.

¡Pobre Madre! En aquellos momentos su angustia no tuvo límites; desolada, suelto el cabello, el rostro bañado de lágrimas de dolor, lo buscó por todas partes.—¡Jesus! ¡Hijo mio! ¿Dónde estás? ¿Qué es de mi Hijo? ¿Dónde está mi Hijo?

¿Por qué te has separado de tu madre? ¡Jesus, Hijo mio!... ¿Qué es de mi Hijo, dónde está mi Hijo?...

Y la Virgen María, oprimiéndose el corazón con ambas manos, llegó al templo y encontró allí la joya que buscaba, ciencia explicando á los hombres de más ciencia.

¡Oh, con qué frenesí escucharía la bendita Madre las sabias razones de aquel hijo!...

¡Oh, madres, que tanto os llena de orgullo cualquier pequeño triunfo de los vuestros, llorad por María! ¡Llorad por la Virgen Madre, que teniendo un hijo cual ninguno en virtudes, belleza y sabiduría, lo vió subir al Calvario con el pesado madero, y sufriendo blasfemias y duros golpes de un pueblo desmoralizado y cruel!

Ese pueblo inculto y sangriento; ese pueblo, que siempre sería el mismo sin la doctrina que les legó el Crucificado, se agrupaba en horribles masas alrededor de Jesús, le oprimía, le insultaba, le hacía caer bajo el peso de la Cruz.

El hermoso rostro del Redentor chocaba con las duras piedras, se acardenalaba, se tornaba lívido.

El sudor inundaba su frente; sus negros y brillantes ojos se cerraban por el dolor; y aquel espeso y sedoso cabello, caía sobre los hombros destilando sangre.

Y la amorosa Madre, la mártir entre las mártires, caminaba detrás de esa muchedumbre insolente y despiadada.

¿Quereis decirme, las que sois madres, cómo iría el corazón de la Reina de los cielos?...

Cada vez que su hijo caía en tierra ó recibía un golpe cruel de aquellos espantosos y rudos sicarios, ¿qué dolor tan agudo no recibiría el pecho de aquella mujer bendita?

Y lo siguió, sin embargo, hasta el Gólgota; y estuvo al pie de la Cruz; y alzaba los ojos y miraba el destrozado rostro de su hijo; y oía los duros golpes del martillo, y las zancas que hacían en las carnes los cordeles cuando tiraban los sayones con impiedad horrorosa.

Y todo lo oía, y todo resonaba en su tierno pecho; y cada mal tratamiento, y cada blasfemia, y cada golpe, era una herida que se abría en su corazón.

Y aquella hiel y vinagre que los sarcásticos y horribles enemigos ofrecieron á la boca que ella había alimentado con las fuentes de su seno, ella la gustó en su pensamiento como

amarguísimo acibar; y lloró la impiedad y el insulto con lágrimas desoladas.

Y su último y más grande dolor, fué cuando su Hijo, dirigiendo los cadavéricos ojos hácia la Madre que tanto amaba, le dijo con firme acento:—«¡No llores, mujer, no llores!»—La Virgen se estremeció, miró á su Hijo:—«¿Por qué mujer, y no Madre, Hijo mío? ¡Mujer, mujer, cuando muero por tí, Hijo de mis entrañas!»—«Sed Madre de los hombres,»—contestó Jesús, pagando así los insultos y rudos golpes que le daban.

¿Me quereis decir, los descreídos, los ateos, los que aceptais otra religion, hallando defectos en la nuestra, si hay necesidad de otra doctrina, de otros libros sagrados, de otros ejemplos que esas palabras, tipo de lo grande, de lo elevado, lo sublime y lo generoso. — ¡Sed Madre de los hombres! — ¡Sed Madre de los hombres que lo crucificaban, taladrando sus carnes, haciendo crujir sus huesos, y tratándole con la befa y ludibrio, peor aún mil veces que las espinas agudas con que punzaban sus augustas sienes!

— «¡Sed Madre de los hombres!» cuando estos hombres eran más iracundos y sanguinarios que las panteras del ardiente desierto, y más crueles que el encarnizado chacal que aprisiona una víctima.

Estudiad esas palabras y oid las que, casi espirante y elevando los ojos, le dijo al Escelso Padre con el más amoroso extremo:— «¡Señor, perdónalos; no saben lo que se hacen!»

¿Se podría encontrar mayor abnegación y virtud? ¿Buscar disculpa para tan horroroso crimen en el acto de estar recibiendo las ofensas y los dolores!

¡Oh! arrodillémonos é imitemos á Jesús. Al visitar sus templos, pidámosle fortaleza y generosidad para perdonar las culpas, y guiar á los pecadores en la senda de la virtud con el ejemplo de tan santas palabras.

Acompañemos también en su soledad á María. ¡Vosotras, piadosas mujeres, que cuanto sois y gozais lo debéis á esta Escelsa Señora y á la doctrina que predicó su Divino Hijo, llorad y rezad, y en vuestra misión de madres en la tier-

ra, llenad los deberes que impone tan sagrado ministerio, y hareis de séres, acaso desnaturalizados y crueles, hombres piadosos y humanos, que extiendan por el mundo y lleven á los confines del Africa, á los más apartados desiertos, á los más olvidados climas, la voz del Evangelio y la caridad.

ROGELIA LEON.

PREDICCION DE JESUS.

Uno de entre vosotros, por codicia,
A su enemigo entregará el cordero,
Y del Eterno al Hijo verdadero
Precio infame pondrá con avaricia.
—¿Y quién obrar podrá con tal malicia?
Juan á Jesus le preguntó sincero.
Y el Salvador responde justiciero:
—Uno de mi apostólica milicia.
—¡Imposible! ¡imposible! Pedro esclama.
Todos, Señor, te amamos cual mereces.
—Tambien el lábio que Señor me llama,
Ha de negarme, Pedro, por tres veces.
Mas ¡ay del que me venda! Está perdido;
Más le valiera nunca haber nacido.

ANA MARÍA FRANCO.

Almería, marzo de 1863.

MARIA.

I.

¡Qué grande, que inmenso es el poder del Príncipe de los mundos!...

De oro es el alcázar que habita; perlas y záfiro ostentan sus paredes magníficas, sus salones bellos, sus bóvedas suntuosas.

El ropaje que le circunda irradia fulgentes rayos.

Y su voz conmueve los orbes, y su presencia alegra el Empíreo, y sus ojos despiden torrentes de claridad que todo lo alumbran.

Millones de espíritus están pendientes de su voluntad.

Y tiene por alfombra el firmamento, tachonado de espléndidos soles.

Y recorre los espacios, precedido de querubines que tocan liras de nácar, derramando suaves armonías.

El hace estallar el trueno: las tempestades rujen á su menor señal.

Emisarios celestes baten ante sus régias

plantas sus alas de gasa, confundidos con los resplandores de su majestad.

Y le rinde homenaje la creacion, obra de su sabiduría.

Y las flores, mostrando sus colores, sus gracias, sus encantos, le envían el aroma que poseen.

Y los séres todos bendicen á su Hacedor, reconociendo su soberanía.

II.

Infinita es la bondad del Señor invisible.

Un pensamiento grande concibió su mente divina: la formacion del hombre.

El barro fué el material de que se valió.

Y para enriquecerle y sublimarle le hizo á su imagen y semejanza.

Por eso su alma, centella de su esencia, es imperecedera, incorruptible, inmortal.

¿Hay algo que pueda compararse con ese tesoro que la criatura encierra?

No.

Los bienes, las riquezas, las dignidades humanas, son cosas despreciables.

Y el hombre, á pesar de tantos honores, de las mercedes que le regaló el Bueno, el Justo, manchó los timbres de su grandeza.

¡Qué ingratitud!.. ¡Qué monstruosidad!... ¡Qué locura!...

Rebelóse contra su Protector, por quien era Rey de la naturaleza.

Le habia dado un Código para que le observara, y no lo hizo; rasgó sus preciosas páginas, que encerraban la ley de su Criador.

Sintió tamaña ofensa el Monarca Supremo, y fulminó tremendo anatema contra el primer rebelde, é hizo estremecer con su vibrante espada la deliciosa mansion del culpable.

La humanidad empezó á sufrir las consecuencias de su apostasía.

Innumerables males produjo, en efecto, el crimen del Paraíso.

La copa del dolor era apurada por la raza prevaricadora.

Pero Jehová, clemente y piadoso, habia prometido, en obsequio de los hombres, enviar á su Hijo á la tierra.

Y así se realizó.

Y Jesus, el Dios-amor, abandonó su sólo de diamantes, y se despojó de los esplendores que le cubrían.

Y se vistió con el traje de la naturaleza humana.

Nació de una mujer pura, santa, bendita, de la segunda Eva, que habia de reparar los desórdenes de la primera.

Mecióse su cuna en un duro lecho, entre unas miserables pajas, en el suelo de un portal humilde.

Y predicó una doctrina augusta, y derramó el bien, y murió en una cruz, dejando á la humanidad una joya de incomparable mérito.

III.

No se ha visto en la tierra criatura más perfecta que la cándida azucena del Gólgota.

La aurora la acarició con sus primeros rayos, cuando vió la luz del día; y el cielo se engalanó con arreboles de oro, con primorosos festones, con elegantes gasas.

Era más hermosa que los serafines, más pura que la sonrisa de la inocencia, más suave que el murmullo de las rosas, más benígna que la brisa de mayo.

Las auras jugueteaban con su lindo cabello, y besaban su rostro, que resplandecía con los encantos de la belleza.

Y de sus labios salían raudales de dulzura, elevados conceptos, inspiradas frases, palabras que fortalecían los ánimos.

Y la fragancia que exhalaba no podía compararse con la de la modesta violeta, el airoso jazmín, el gallardo lirio.

Y su acento era más sonoro que el del ruiseñor, y más esbelto que la palma su talle, y su tez más tersa que el bruñido mármol.

Las aves gorgceaban á su rededor, entonando melodiosos himnos.

De júbilo susurraba el humilde arroyuelo, deslizándose apacible por entre amenos campos, que ofrecían los variados matices de sus plantas lozanas.

Y el mar sacudía su verde melena, y movía mansamente sus ondas, y dibujaba el nombre de María con su blanca espuma.

Y las flores se estremecían alegres, y desplegaban sus hojas, y le enviaban en alas del céfiro su delicado aroma.

Y el universo entero confesaba sus glorias, y admiraba la tierra las gracias de la hija predilecta del Altísimo.

IV.

Bellísima, en verdad, es la historia de María.

Corrió siempre, asistida de lo alto, por los senderos de la justicia.

No había acción buena que no ejecutara, virtud que no poseyese, sacrificio que no hiciera.

Con sumo cuidado guardó los divinos preceptos.

Nunca desobedeció al Altísimo.

Jesús era su embeleso, su todo; y en su rostro, bello, risueño, encantador, imprimiera tiernos y dulces ósculos.

¿Qué gerarquía podía ponerse en parangón con la de María?

Ella había llevado en su seno al Monarca de los orbes.

Ella le estrechó en sus brazos, le colmó de caricias, recibió sus enseñanzas sublimes, tomó parte en sus trabajos.

Ella asistió á la ejecución de la Santa Víctima.

V.

Poderoso es el valimiento de la Virgen Pia.

La Iglesia, reconociendo su patrocinio, enriqueció su preciosa diadema con nuevos florones.

Es depositaria María de los tesoros divinos; y por eso, llena de gozo, derrama con mano pródiga el benéfico rocío de sus finezas.

¿A quién, sino á esta escelsa Virgen, se deben los triunfos de la verdad sobre el error?

María fué la que abatió el orgullo de los Nerones, é hizo fracasar los planes de los Enríques, y destrozó falanges impías.

Los oprimidos invocaban su protección, y sus ruegos eran escuchados.

Y veíanse desaparecer los colosos del mundo y desplomarse los imperios del despotismo, y hundirse los edificios erigidos á la soberbia.

Y las coronas, envilecidas por el crimen, desprendíanse de régias sienes, y eran profanadas por el polvo.

Porque la influencia de María se dejaba sentir de una manera admirable.

¿Cuántos combates no ha sufrido el catolicismo?...

Mirad esa legión de gigantes, que parecen sostienen el mundo.

¿Qué quieren? ¿Qué pretenden? ¿Qué pensamientos les dominan?...

No hay necesidad de preguntarlo, porque basta observar sus actos.

Desean matar la idea cristiana, borrar de la historia el gran suceso del Calvario, destruir el alcázar majestuoso de la Religión.

Pero son impotentes sus esfuerzos.

La herejía es confundida, la filosofía es refutada por varones católicos, la fuerza bruta aniquila sus propias obras.

Sí... porque María, la Madre del Legislador Supremo, abate la cerviz de los verdugos de la humanidad.

VI.

¿No os sorprenden esas grandes figuras que brillan en el cielo de las ciencias?...

¿No admiráis los hechos de los paladines de la fé, que orlaron sus frentes con los laureles inmarcesibles?...

¿No os cautivan los escritos de los egregios campeones de la verdad católica?...

¡Ah!... Todos recibieron señalados dones de

María, de esa augusta Capitana de las huestes cristianas.

Bajo su manto de estrellas se cobijaban, y á sus altares acudían y á sus plantas caían de rodillas.

¡España!... ¡Qué pueblo tan favorecido de la Inmaculada Princesa!...

La patria de Pelayo es, si, la nación más mimada de la Soberana de la eternidad.

María sostuvo el brazo de nuestros guerreros; y Covadonga, San Quintín, Lepanto, Granada, las Navas de Tolosa, nos recuerdan el poder de la augusta Patrona de la altiva Iberia.

En la lid memorable de siete siglos, ¿no fué humillada la Media Luna por la Cruz escelsa?

Ileso salió el sagrado lábaro de tan sangrienta lucha, porque María sostenía los fueros de la Religión.

Los guerreros la invocaban en el fragor de los combates, y adornaban su pecho con su imagen, y la llevaban en sus banderas.

¿Quién animó á nuestros soldados en la reciente campaña con el imperio de Marruecos?...

¿Quién les comunicó ese valor que los hizo invencibles?...

Una serie de acciones gloriosas alcanzó el ejército cristiano.

Y ese pueblo bárbaro, fanático, supersticioso, confesó nuestra pujanza.

¿Y qué había de suceder?... María peleaba á nuestro lado, y la causa de la justicia triunfó.

VII.

¿Qué creyente no ha recibido algún beneficio de la ilustre Virgen?

Muchas son las gracias que derrama sobre las almas que en ella confían.

Con razón es llamada la abogada de los débiles y la protectora de los que gimen.

VIII.

Tu patrocinio es grande, ¡oh María!

Pío IX sufre terribles angustias.

Os ama. Con gran júbilo del mundo católico ha elevado á la categoría de dogma el misterio de tu Concepción Inmaculada.

No le desampareis, hoy que sus enemigos le martirizan.

Haced que se disipen, Virgen Santa, las nubes que ennegrecen el horizonte de la Iglesia.

Que el Pontificado, tan perseguido, triunfe pronto y adorne su frente con nuevos trofeos de sus eternos contrarios.

ROMAN DOLDAN Y FERNANDEZ.

LA MUERTE DEL SALVADOR.

¡Y ese es un Dios!—Las sombras de la muerte
Velan opacas sus hundidos ojos,
Eleva apenas sobre el pecho inerte
La frente coronada con abrojos,
Y su mirada fría
Es la postrera luz de la agonía.

—¿Y ese es un Dios?—Un pueblo le escarnece
Y en afrentosa cruz pende clavado,
Del bárbaro suplicio no estremece
Ni aun el dolor su cuerpo ensangrentado,
Si le abandona el suelo
Tampoco escucha su plegaria el cielo.

—Y si es un Dios, ¿dó está el poder divino
Del que adoró Israel en sus altares,
Del que trazó á Moisés ancho camino
Dividiendo á su voz profundos mares
Y que envió, á su ruego,
Mágica nube de celeste fuego?

—Si es único, ¿dó está el Dios poderoso
Que en el Siná su majestad cubría
Con roja nube y rayo fragoroso
Y eterno en el Tabor resplandecía?
¿En el Gólgota ahora,
Hijo del hombre, la piedad implora?

—¡El nuestro Dios! —la muchedumbre dice,
—¡Ese el Mesías! —con sarcasmo esclama,
—La voz de los profetas nos predice
Al que hoy de los Judíos Rey se llama.
Escrito está ese nombre,
¡Mas no le resta ni figura de hombre!

—¡El Rey de los Judíos! —Del Calvario
La ensangrentada cúspide es su trono,
Solo hay allí tres cruces y un osario,
En derredor escarnio y abandono
De su Rey en afrenta
Jerusalem impúdica se ostenta.

Jerusalem, la esclava envilecida
Mancha con sangre su rasgado manto;
Del inocente, infame deicida,
Responde con blasfemias al quebranto....
—Miradle moribundo,
Su vista aparta del ingrato mundo.

Mortal congoja que en su pecho siente
Rasga las sombras de su faz divina,
Trémula eleva la abatida frente
Que la luz del relámpago ilumina

Y triste y angustiada
Dirije al cielo su postrer mirada.

El cielo pavoroso se oscurece,
Los vientos silban sobre el negro monte,
Estalla el trueno y retumbando crece,
Cárdena luz fulgura el horizonte
Y tenebroso velo
Al que espira en la cruz oculta el cielo.

¡Supremo instante!—Oid, con lábio augusto
que apenas mueve imperceptible aliento,
Al Dios de los ejércitos el Justo
Vá á dirigir su postrimer acento:
Como en horrible duda
Oirle aguarda muchedumbre muda.

Y teme que quizás oiga el Eterno
Al inocente demandar venganza,
Pinta el pavor las furias del averno
Que Jehová indignado al mundo lanza....
A su acento profundo
Quizá perezca maldecido el mundo.

¡Duda horrible!—Si es Hijo del Dios fuerte
Que con su vista los infiernos doma,
Al que obedece el ángel de la muerte
Y que en cenizas convirtió á Sodoma,
Temblad, temblad, mortales;
No basta vuestra sangre á tantos males.

No basta, no; nacisteis en pecado
Y os mancha á todos la maldad y el vicio,
Para aplacar á Jehová indignado
Es vuestra sangre impuro sacrificio;
Su cólera infinita
Una víctima eterna necesita.

Víctima del amor inmaculada,
Sin mancilla blanquísimo cordero,
Hóstia desde lo eterno consagrada
En holocausto del amor primero....
—Mas si es la Hóstia Divina,
¿Por qué á su acento Jehová fulmina?

¿No oís? A un padre invoca: mas no de ira
Ni espíritu de odio y de venganza
La Hóstia sagrada en el altar respira:
Eco de paz, de amor y de esperanza,
En perfumada nube
Su postrer oracion al cielo sube.

—¡Sí, sí que es Dios!—el cielo lo pregona;
—Sí, sí que es Dios!—su muerte nos lo dice;
Tambien fui su verdugo ¡y me perdona!
Hice morir al Justo ¡y me bendice!

Ya no más duda impía,
¿Ese es el Dios que adora el alma mia!

R. FERRER Y BIGNÉ.

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

Solo de una novedad teatral tenemos que ocuparnos en la presente revista: nos referimos á una linda comedia, original del Sr. Coupigni, que examinaremos brevemente.

Como nos encontramos en vísperas de Semana Santa, en la cual se cicrran los coliseos segun prescribe el reglamento orgánico de teatros, las empresas no han ofrecido nada nuevo, reservando para las Pascuas las obras de que disponen.

En Novedades sigue produciendo buenas entradas *La Almoneda del diablo*, afortunada comedia de mágia, cuyo sabor literario es bastante agradable, y cuyo aparato escenográfico es digno de ser admirado.

En el Príncipe continúa representándose con éxito *La Farsa*, comedia del inmortal Scribe, en cuyo desempeño se hace aplaudir notablemente la primera actriz doña Matilde Díez, y el Sr. Catalina (D. Manuel).

En el Circo se sigue representando *El Trapero de Madrid*, melodrama en que el Sr. Arjona luce, como siempre, sus grandes facultades de actor con aplauso de la concurrencia.

Como se vé, no podemos ocuparnos de novedad alguna.

En cambio la Pascua nos ofrecerá un turbion de obras, que Dios nos libre sean de la índole de las de Nochebuena, amargo turrón con el cual obsequian las empresas al paciente público para festejar el nacimiento de Jesucristo.

Tenemos entendido que ha sido negada la próroga solicitada por el teatro Real para continuar dando funciones líricas.

No se podia esperar menos del patriotismo del Gobierno.

Porque para los amantes de la literatura nacional, esta cuestion es de puro patriotismo, á pesar de esas manifestaciones pueriles y acaso inconvenientes de los apasionados de la ópera italiana.

A cada pueblo le conviene conservar íntegro el esplendor de su literatura, buena ó mala; porque, como en otras ocasiones hemos dicho,

la literatura es su alma, refleja su especial fisonomía, es el aparato por donde respira su vida intelectual y moral.

Para conservar incólume la hermosa tradición literaria, conviene que los poderes públicos la concedan una protección enérgica y vigorosa, puesto que de otra manera no es fácil sostener su integridad.

Conocida la penuria actual del teatro, no podíamos esperar menos de la ilustración del Gobierno, que concediéndole tan justísima protección, se ha hecho acreedor al agradecimiento de los amantes de las letras españolas.

Dos palabras sobre la obra original del señor Coupigni, titulada: *El Castillo de naipes*, y estrenada con éxito en Variedades.

El Sr. Coupigni es uno de nuestros escritores más aventajados: escribe con conciencia; tiene una elocución rica y abundante; es muy modesto, y todas estas raras y felices disposiciones, le imponen el deber de emplearse en trabajos de verdadera importancia.

Su última obra es una linda comedia: está escrita con corrección y salpicada de chistes de buen efecto, siempre propios, siempre dignos, y siempre fáciles: el diálogo es fluido y natural, chispea dentro de él la comedia con un encanto poderoso: tiene bien delineados los caracteres, y están sostenidos hasta el fin maravillosamente: en resumen, es una obra apreciable por todos conceptos.

Sin embargo, es lástima que el autor no la haya calcado sobre un pensamiento filosófico, sobre una base de más trascendencia. De este modo hubiera obtenido un éxito muy lisonjero: no se hubiera limitado a proporcionar un poco de solaz al espectador, cosa que ha conseguido, sino que hubiera dejado en pos de sí alguna huella.

El Sr. Coupigni debe consagrarse a obras más filosóficas. Nos permitimos esta observación porque reconocemos en él grandes cualidades de autor dramático, cualidades que, como las perlas, no deben permanecer encerradas en su concha, sino brillar en el mundo para alegría de los hombres. ¡Así tuviera el arte dramático muchos cultivadores como el Sr. Coupigni!

La ejecución de la obra fué inmejorable.

Concluimos por hoy nuestra tarea, suponiendo que nuestras amables lectoras de LA VIOLETA, preferirán mejor en estos días consagrarse a celebrar dignamente los misterios de la Religión, que a leer nuestras revistas.

Las deseamos las más felices Pascuas.

LEANDRO ANGEL HERRERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

1.^a figura: traje para niña de ocho á diez años. Vestido de tafetan á cuadritos negros y blancos, la falda está adornada con una ancha tira de tafetan azul, que lleva dos terciopelitos negros sobre los bordes. Cuerpo *jardinera*, mangas semi-ajustadas. Cinturon con dos puntas de tafetan azul, rodeados los contornos con dos terciopelitos estrechos. Rotonda de paño azul, bordada todo alrededor con trencilla negra. Sombrero de fieltro gris, bordes caídos, adornado de terciopelo y un grupo de plumas blancas y azules.

2.^a figura: traje para niña de ocho á diez años. Vestido de tafetan color de malva. El bajo de la falda está adornado con una tira de terciopelo y otra unida de tafetan blanco salpicada de lunares negros. *Pardessus* de paño color gris claro. El adorno se compone de una banda de terciopelo negro puesta en dos largos cabos sobre el cuello, que terminan en dos borlas. Las boca-mangas y los bolsillos se guarnecen del mismo modo, el cuello es de terciopelo. Sombrero de fieltro gris con los bordes vueltos hacia arriba y adornados de terciopelo negro. Grupo de plumas color de malva.

3.^a figura: traje de niña de seis años. Vestido de popelina color grana. *Pardessus* de gró negro, ajustado al talle y bordado alrededor del cuello, de los bolsillos y de las mangas. Sombrero de terciopelo, forma redonda, adornado de terciopelo, que forma un lazo atrás. Adelante un grupo de plumas negras y color grana. Cuello liso, vuelto y mangas con puños.

4.^a figura: traje para niño de seis años. Blusa de paño color de violeta, abrochada sobre el costado, con dos hileras de botones, pequeñas aldetas salen por debajo del cinturón. Mangas ajustadas. Pantalón ancho de merino negro. Polainas moradas y botines color de castaña.

5.^a figura: traje para niño de tres á cuatro años. Vestido de popelina verde-mar, falda y casaca guarnecida de una tira formando cuadros de terciopelo negro. La casaca es abierta con puntas redondas. Camiseta blanca ancha, y pantalón blanco con jaretas; botines color de Habana. Sombrero escocés de terciopelo, con adorno de plumas blancas y negras.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1865.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.



Ayuntamiento de Madrid
LES MODES PARISIENNES

